



www.loqueleo.com

© 2007, Edna Iturralde

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-693-4

Derechos de autor: 027258

Depósito legal: 003807

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Agosto 2007

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Enero 2017

Décima sexta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustración de la portada: Pablo Pincay

Prólogo y estudio: Paulina Rodríguez Ruiz

Actividades: Cecilia Velasco

Corrección de estilo: María de los Ángeles Boada (actividades)

Diagramación: Pamela Godoy

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

El día de ayer

Edna Iturralde



loqueleto

Índice



Prólogo	9
Capítulo uno	11
Capítulo dos	15
Capítulo tres	21
Capítulo cuatro	27
Capítulo cinco	35
Capítulo seis	41
Capítulo siete	47
Capítulo ocho	53
Capítulo nueve	59
Capítulo diez	65
Capítulo once	71
Capítulo doce	79
Capítulo trece	83
Capítulo catorce	89
Capítulo quince	95
Capítulo dieciséis	101
Capítulo diecisiete	107
Capítulo dieciocho	111
Capítulo diecinueve	117

Capítulo veinte	121
Capítulo veintiuno	127
Capítulo veintidós	133
Capítulo veintitrés	139
Estudio de la obra	145
Cuaderno de análisis	151

Prólogo

Por Paulina Rodríguez Ruiz



El libro es una excelente herramienta que permite entrar en el mundo (mundos reales o imaginarios) y leer la vida. Jorge Luis Borges decía que si él tuviera que llevar algún objeto a una isla desierta, se llevaría tan solo un libro, pues a partir de su lectura surgirían múltiples interpretaciones y brotarían de su memoria todas sus lecturas anteriores. Y *El día de ayer*, de la autora ecuatoriana Edna Iturralde, es un caso preciso para ilustrar lo que sucede en los lectores, pues esta novela topa, con mucho tacto, la situación de los niños enfermos con sida, una realidad que no conocemos muy de cerca y de la cual quisiéramos escondernos, taparnos los ojos para no encararla.

Esta escritora, para adentrarse en el tema de sus obras, realiza una pormenorizada investigación previa. En el caso de sus novelas etnohistóricas como *Verde fue mi selva, ...y su corazón escapó para convertirse en pájaro*, *Caminantes del Sol*, *Miteé* y *el cantar de las ballenas* o *Los hijos de la Guacamaya*, visita las etnias en su lugar de origen y convive con su gente y su cultura. En este caso, su inspiración inicial vino de una llamada telefónica de un centro de sida en Colombia y el pedido especial para que escribiera un libro sobre un tema

tan doloroso. Impresionada por la historia de una niña que fue expulsada de su colegio por tener sida, tuvo la valentía de crear los personajes y situaciones para esta novela.

Un texto literario es una unidad de comunicación con la finalidad de producir belleza, entendiendo por bello todo aquello que produce placer. También es desinteresado, porque satisface únicamente la contemplación (la lectura). Por otro lado, además, hace funcionar esos «refinados placeres» de los que habla Ana María Machado: pensar, descifrar, argumentar, razonar, cuestionar... *El día de ayer* cumple con estas características generales de la literatura en tanto obra de arte: está narrada con un lenguaje sencillo y bello y, además, nos hace pensar, reflexionar, nos cuestiona, nos enfrenta, nos reta primero a conocer mundos diferentes y también a no formar parte de este mundo actual, despiadado, corrupto y violento.

10

Capítulo uno



Gira, gira y gira.

Zas, zas, zas.

Me encontraba en un carrusel. Traté de sostenerme, pero la gente que estaba allí me empujó. No quisieron saber nada de mí porque soy un peligro y temieron que causara un desastre.

11

Desastre: desgracia grande, calamidad.

Peligro: riesgo inminente. Estar a punto de suceder algo desagradable; amenaza.

Pequeño Larousse Ilustrado, biblioteca de aula del Colegio Mixto Antonia Angulo, noveno año. Mi carrusel privado del cual fui expulsada por peligrosa. No, expulsada no, dijo el director cuando me quejé que era injusto; sino depuesta por ser una amenaza contra la seguridad de los otros estudiantes del plantel y enviada a un lugar seguro para no contagiarlos. Al mismo lugar inmenorable o al no-hay-que-dejar-que-los-amigos-sepan, de mi tía Gabriela que dijo era donde asilaban a las personas con el virus del hache-ve-ese. Por tratar de decirlo en inglés se equivocó de siglas. La es-

cuché detrás de la puerta y lloré en vez de reír. Recordé el sistema de las películas antiguas que ahora se llama DVD. Según mi tía, yo tengo el virus de las películas. ¿Me volveré rubia y estilizada? ¿O podré hacer movimientos de kung-fu y saltaré por los aires como las heroínas de las películas chinas?

12 Era media tarde, luego de terminar de empacar en mi maleta, giré por la habitación con los brazos cruzados en mi pecho, abrazando la espalda con mis manos, hundiendo mis uñas en la piel hasta caer al suelo. Pensé entonces sobre lo del carrusel y todo eso y de aquel lugar donde voy asilada. Esa era otra palabra nueva. Yo creía que los asilados eran personas que habían estado dando guerra en la política y buscaban asilo. Cuando lo dije, el médico de la familia me contestó, tratando de confortarme, que era parecido porque yo libraría una batalla dentro de mi organismo para luchar contra el virus, pero al mismo tiempo le escuché decir que era una enfermedad todavía incurable, que era su obligación reportarlo al colegio y a las autoridades sanitarias, igual que lo hacían con los tuberculosos. Mi tía asintió suspirando. Yo supe que no tenía nada que ver con una batalla ni nada; me enviaban asilada para cumplir con sus reglas y por temor a tenerme en casa.

La noticia corrió por todo lado.

¿Por qué se dice que las noticias corren? Examen de Historia, primer trimestre. Se dice que las noticias corren porque en la época del Imperio persa los perseros tenían posters que llevaban las noticias corriendo de una posta a otra, escribió mi mejor amiga. La profe la corrigió con lápiz rojo, en su letra redonda y pequeña: persas y mensajeros, subra-

yando las palabras con dos líneas gruesas, y fijó el examen en la pared con una tachuela. Mi amiga lloró de vergüenza cuando se burlaron de ella y dijo que quería morirse. ¡Qué sabía ella de la muerte!

La verdad es que las noticias no corren, sino que vuelan a mayor velocidad que la luz. En un día ya todos lo sabían, fue así que empezaron las llamadas de las madres asustadas a pedir unas y a exigir otras a mi abuela que yo no volviera al colegio, aunque faltará una semana para terminar el trimestre y comenzar las pruebas de fin de año. A pesar de que yo era buena alumna y nunca había causado problemas de disciplina. Sobresalía como deportista; el fútbol, eso era lo mío, defensa izquierda delantera, doce goles de temporada.

Después las llamadas fueron para mí. Llamadas incógnitas en las que me insultaban o se burlaban. Traté de comunicarme con mis amigas, las dos más íntimas, pero por coincidencia nunca estaban en la casa. Fui a ver a otra con quien entrenaba. Abrió la puerta con la cadena puesta. Me miró con temor y la cerró de golpe. Salió la hermana mayor y me dijo que por-favor-me-marchara. Así, sin dar ninguna explicación.

Al regresar, mi abuela me dio el recado de que mis amigas querían verme y me citaban en la esquina al día siguiente, después de clases. Al principio me alegré mucho. Mis amigas querían darme una sorpresa, quizás un regalito de despedida, por eso no estaban en su casa cuando las llamé y se encontraban organizándolo todo. Yo les daría mi nueva dirección y teléfono del centro de salud donde me iban a enviar. Pero luego me puse a pensar: las amigas

Capítulo dos



14

no se citan en esquinas. Se visitan. Me entró miedo, pero lo engañé recordando las veces que habíamos jurado ser amigas para siempre: manos abiertas y palma contra palma. Mano en el corazón con los cuatro dedos extendidos y puño contra puño.

Las esperé en la esquina. Las vi venir de lejos. Caminaban despacio, cuchicheando. Las noté nerviosas. Busqué con la mirada por si llevaban el regalo, pero me imaginé que era algo pequeño que una de ellas traía en la mochila. Alcé la mano y saludé contenta. Empecé a caminar hacia ellas pero me detuvieron en la esquina, al otro lado de la calle, y desde allí se despidieron de mí. Me dijeron adiós de un tirón... Adiós de una vez y para siempre. No hubo palma contra palma ni puño contra puño ni los cuatro dedos sobre los corazones, solo un no nos permiten ser amigas tuyas, acompañado de nos prohibieron verte. Ni una palabra de consuelo, nada...

Primera regla de comportamiento en esta institución: compañerismo y amistad, dijo el director en la asamblea al principio del año escolar. Con este tema realizaremos un concurso de afiches, añadió. Ganó mi curso con uno que decía: *La riqueza en la vida no es qué tenemos, sino a quién tenemos*. Afiche con fondo amarillo, letras negras y dibujos de flores y palomas; cuelga en la clase de noveno C, parte posterior, junto a la ventana.

Fue lo último que vi, tres días más tarde, cuando fui a despedirme de la clase donde jamás volvería, y salí acompañada de un último conocimiento: yo era la más pobre de los pobres.

15

Estimado Dios, escribí en mi cuaderno. No puse querido, porque estaba resentida. Estimado Dios: te escribo para comunicarte que voy a morir. Me detuve, pensé que todos tenemos que morir algún día, la única diferencia era que yo ya sabía cuándo... más o menos, y me sentí tonta al mencionar una verdad tan obvia; sin embargo, continué con la carta: hasta el día de ayer no tenía idea de que estaba tan cercana mi muerte, pues como tengo trece años pensé que me quedaban muchos años más de vida. Dibujé una flecha después del primer muchos y encima añadí: muchos, coma, muchos, y un milagro sería fenomenal. Ahí me quedé sin saber qué más decir.

El doctor había pedido a una doctora joven que me explicara acerca de la enfermedad, el nombre de la enfermedad, lo que causa la enfermedad y las posibles formas de contagio. Ella lo hizo con delicadeza, con unos ojos tristes, tristes, y al despedirse me abrazó. Yo no era tonta, comprendí de inmediato, me entró rabia y me enfrenté a la abuela, quien me hizo callar llamándome a gritos mentirosa. La tía Gabriela no intervino. No supe si en la carta debía poner esta explicación a Dios. Por un lado, Él sabía

todo pero por otro, ¿cómo se pide un milagro sin explicar exactamente lo que ha sucedido?

Mi abuela abrió la puerta de mi habitación para avisarme que mis padres me llamaban por teléfono. A mediodía habíamos ido con mi tía a un café-net, pero la gente nos regresaba a ver al escuchar la conversación y se decidió que ellos llamarían a la casa. Esa era la llamada. Llamaban desde Italia.

16

Nosotros la hemos cuidado todo lo que podíamos. Si casi no sale a la calle; solo de vez en cuando al cine con amigas, dijo la abuela en tono histérico en el teléfono. Sí, claro, pensé yo. Como si los peligros solo estuvieran en la calle. La abuela no me creía, no quería creerme. Porque la abuela quería proteger a su hijo solterón, con cara de calavera, flaco, gris y sudoroso, que vivía con ella. Mi tío Edmundo, al que yo había bautizado Inmundo.

Inmundo: sucio, repugnante, nauseabundo, asqueroso.

Diccionario de sinónimos del programa Word de la computadora.

A pesar de eso, decidí contárselo a mis padres.

Papá estaba allí al otro lado de la línea, al otro lado del mundo, pidiendo perdón por haberse ido hacia tantos años, por haber mandado por mi mamá y mi hermano mayor antes que por mí, pero que si hubieran esperado un año más, él habría sido mayor de edad y entonces sería muy tarde para llevarlo por las dificultades de las visas, mientras que yo aún podía esperar. No, pensé. Para mí ya es tarde. Yo ya

nunca podré ir. Mamá le arranchó el teléfono y habló en un tono de rabia que me sorprendió. Era todo un interrogatorio: cómo sucedió, dónde, con quién. Qué clase de amistad tienes. Apenas te dejó seis meses y ya ves en lo que te metes. Yo quería gritar pero solo lloraba.

Mi tía Gabriela se retorció las manos y hubo un momento que susurró algo al oído de mi abuela, pero ella negó con la cabeza insistiendo en que yo no debía decir nada sobre eso y que, después de todo, estaba segura de que eran mentiras mías. Mentiras mías.

17

Mamá, alcancé a decir, mamá, escúchame. Pero ella empezó a llorar de tal manera que era imposible que me escuchara. Parecía que no sincronizábamos nuestro dolor. Por favor, consigue el teléfono del lugar donde me llevan, alcancé a decir. Desde allí hablaremos y te lo contaré todo, todo. Ahora yo lloraba de pena y de rabia. Rabia por ser tan tonta. Claro que ahora nunca les darían el número telefónico.

Volví a la carta a Dios. Releí lo que tenía escrito y continué: he perdido quince libras y estoy flaca, parezco modelo-palo-de-escoba. Dudé entre dejar lo último o no y decidí tacharlo por considerarlo demasiado vano. Pensé y pensé qué poner, pero mi mano dibujó rayas y círculos que luego se convirtieron en ratones con bigotes largos y colas curvas. Entonces, las letras empezaron a deslizarse:

*La hermana del hada Aída
es cobarde, fea y antipática.
No defiende la tripa linfática,
es un virus y se llama sida.*

Es que sida me sonó desde el principio como el nombre de un hada, aunque era más apropiado para una bruja fea y mala.

Sida: enfermedad en la que los organismos de los aquejados por ella quedan sin defensa alguna para afrontar los agentes infecciosos externos.

18 *Pequeño Larousse*, biblioteca del Centro Infantil de Apoyo a los Enfermos de Sida.

En inglés HIV, lo que mi tía confundió con VHS.

Tracé dos líneas debajo del poema y continué escribiendo la carta: cuando uno se enferma con gripe sabe que se ha resfriado por quedarse con ropa mojada o algo así. Del estómago, porque te has comido una hamburguesa en la calle o tomado agua sin hervir. Cuando te enfermas de paludismo, es porque olvidaste ponerte un repelente y un mosquito transmisor de estas enfermedades te ha picado. Pero enfermarse de algo tan feo y raro sin buscarlo o tener la culpa es maligno. No sé por qué puse maligno. Tal vez porque maligno significa lo más malo de lo malo. Y otra vez me quedé sin saber qué más decir. Seguramente porque era el primer intento que hacía de escribir a Dios.

Apenas amaneció me despertó mi tía. Desayunamos solas y se aseguró de que lo hiciera en los platos y taza que estaban marcados solo para mi uso personal. Mi tía Gabriela no vivía con nosotros, pero había venido por unos días hasta arreglar las cosas, lo que significaba hasta sacarme de allí. Mi abuela se había ido de compras al mercado y el tío Inmun-

do, que ahora comprendía por qué tenía su vajilla y cubiertos personales, no salía de su habitación desde que estalló la locura, como decía mi abuela mirándome con rencor.

Cuando llegó la ambulancia me asusté. No porque viniera aullando con la sirena prendida ni nada, sino porque solo la presencia de una ambulancia delante de la casa me hizo sentir escalofríos. En las puertas tenía pintado el nombre del centro de salud en letras azules y dos rostros de niños sonrientes: una niña y un niño. Qué mentiras se inventan los adultos. Quién se iba a creer que los niños y las niñas que llevaban al centro de salud por culpa de la malvada hermana del hada Aída estarían contentos. Esas sonrisas dibujadas me parecieron un insulto directo a mi inteligencia y lloré todo el camino.

Al llegar a la casa blanca y antigua, con un patio grande en el centro, frente a una clínica, estaba tan cansada que no sentí ni un mínimo de curiosidad. Dos personas, que hasta hoy no recuerdo quiénes fueron, me ayudaron con la maleta y mi mochila. Yo cargué a mi Conejo de la Suerte, no porque quería llevarlo en brazos, sino porque se había roto el cierre de la maleta y entre otras cosas se cayó Conejo; y no por ser de la suerte, porque para eso este peluche era un fraude, sino debido a que yo era la única conocida que él tenía y no quería que se quedara solo en la casa de la abuela.

Entramos a una pequeña oficina y allí conocí al padre Bruno. Daniela, hijita, mucho gusto y bienvenida, dijo y trató de abrazarme, pero yo me retiré de un salto. No quería que ningún señor me abrazara aunque fuera amablemente. El padre Bruno cayó en cuenta de mi desagrado y me extendió la mano volviéndome a llamar por mi nombre.

19

Capítulo tres



Lo pronunció de una manera graciosa, curvando la lengua: Dan-ie-la, Dan-ie-la. Más tarde supe que el padre Bruno era italiano. Nos estrechamos las manos y él sonrió. Era un hombre enorme, con las mejillas rojas, nariz de pelota, ojos azules, pelo gris y despeinado, y una panza grande; sostenía un gato blanco de angora que salió a saludarme sobándose contra mis piernas.

Es la Mimí, dijo presentándome a la gata. Yo me agaché a acariciarla y ella arqueó el lomo mientras ronroneaba.

20 Le pareces simpática, dijo el padre Bruno. La Mimí no saluda con todos de esta manera, es más bien tímida y arisca, añadió riendo y se sonó la nariz en un pañuelo grande que luego guardó en el bolsillo del pantalón dejando las puntas afuera, de manera que pareció que eran las orejas de un conejo que llevaba escondido. Esto me recordó a Conejo, y me dio vergüenza que lo viera en mis brazos. Ya estaba grandecita para llevar un peluche a cuestras, así que lo escondí a mi espalda.

Él me preguntó qué era lo que guardaba allí y yo tuve que enseñárselo. En mi lejana Toscana, de niño yo tenía muchos conejos. Todo un criadero, dijo, y tomó a Conejo en sus manos. Mira qué elegante va tu conejo, con chaleco verde a cuadros y gorro escocés, exclamó. Y tomando a Conejo por la cintura con una de sus grandes manos, lo hizo bailar al ritmo de una canción mientras silbaba. Sonreí para darle gusto y hacerle creer que me había alegrado, pero por dentro sentí un vacío espacial. Todo un universo de soledad.

Soledad: no hay palabras en ningún diccionario para describirla. El significado lo conoces tú sola, en la soledad de tu soledad.

Cinco niñas compartíamos el dormitorio en el primer piso. Esto lo supe antes de conocerlas, porque me lo dijo el padre Bruno: Laura, Sonia, Sandra y Jenny. En el piso de arriba estaban los muchachos: Luis, Alejandro y el bebé Pablo de tres años. Nosotros éramos los hijos, los que vivíamos allí, pero muchos más venían durante el día para recibir tratamiento o cuando enfermaban gravemente y los alojaban en otro piso destinado a ello, el de los terminales, que aún nadie había utilizado porque el centro de salud era nuevo.

Entonces, ¿del primer o del segundo piso se pasa luego al de los enfermos terminales?, pregunté. El padre Bruno me contestó con toda honestidad que así sería, pero que ya me explicarían en otro momento. Mientras no te enfermes con algo grave, no tienes nada que temer, dijo, y explicó que había medicinas que nos ayudarían a mantenernos estables, porque el sistema de defensa de nuestros cuerpos ya no funcionaba por sí solo; que nos faltaban los soldaditos que nos defendían de las enfermedades dentro de nuestro cuerpo.

Era extraño pensar que todos mis soldaditos habían muerto. Pobres, pensé. Me imaginé un campo de batalla en mis intestinos, mi corazón, mis pulmones, mis riñones

y demás órganos vitales, como se dice, llenos de pequeños soldados caídos. Les puse uniformes rojos con sombreros altos adornados con penachos de plumas blancas.

A la primera niña que conocí fue a Jenny cuando fuimos a dejar mi maleta. Una trabajadora social, la señora Augusta, peinaba sus cabellos claros y ondulados estirándolos con un cepillo y luego formando tirabuzones, como los de las muñecas. Su piel era casi transparente, surcada por pequeñas venas azules en las manos. Cuando me miró sonrió con unos labios de un morado rojizo tan oscuro que al principio pensé que se los había pintado.

Eres la nueva y ya sé que tienes trece años, dijo contenta, porque le gustaba continuar siendo la niña más pequeña de la casa. Jenny tenía doce años aunque parecía de ocho por su tamaño, con una voz baja y cálida, perfecta para cantar rancheras cuando teníamos la hora de los talentos organizada por la trabajadora social, quien ponía música y nos hacía bailar, cantar o contar chistes. Lo de los chistes agradaba especialmente a los varones, que no eran muy buenos para el baile y tampoco para el canto, porque no sabían las letras completas de las canciones. Sin embargo, yo me negué las primeras veces a cantar. Cuando me insistió, le dije que no encontraba razón para sentirme feliz y ella me contestó que también se cantaban las penas: algo en lo que aún yo no había caído en cuenta. Y me enseñó baladas tristes pero con la tristeza del amor perdido, que no era exactamente mi tristeza, porque yo tenía la que produce al ser abandonada por la familia y las amigas.

Colgado de la pared había un afiche lleno de fotos y en medio decía: *Si piensas que perdiste amigos, aquí encontrarás*

los verdaderos. Yo ya no creía en los mensajes de afiches, así que me puse de espaldas dispuesta a nunca volver a leerlo.

Justo en ese momento apareció Sonia. La señora Augusta nos presentó. Sonia apenas me saludó, se tiró en una cama y cerró los ojos. Era una niña mayor que yo, con aspecto de una señorita. Llevaba el rostro maquillado y las uñas largas y pintadas de rosado. Era muy bonita. Parecía una palmera con su piel morena, alta y delgada, con una melena espesa y rebelde que coronaba su cabeza.

Cuando bajé acompañada por Jenny al comedor, nos encontramos con Laura que tenía cabellos largos que llegaban a la cintura y ojos verdosos, bordeados por pestañas claras y lacias; Sandra de ojos negros y pelo corto, sostenido detrás de unas orejas demasiado grandes y abiertas. Flacas. Las dos eran flacas, cosa que no me sorprendió porque todas nos habíamos vuelto así, huesudas y dos de las tres monjas que ayudaban nos decían que en cualquier momento nos llevaría el viento. La otra añadía que éramos etéreas, que nos convertiríamos en ángeles y volaríamos al cielo donde pertenecíamos, aunque era difícil creerlo de la manera que a veces nos comportábamos, agregaba. Cada vez que nos decía eso la monjita me daba miedo de que se cumpliera y me muriera, o que cualquiera de las otras se muriera porque las llegué a querer, pero eso vino después.

Enseguida de bajar las gradas, Sonia apareció en la puerta del dormitorio y lanzó mi mochila que había dejado sobre una de las camas. No pongas tus porquerías en mi cama, gritó. La señora Augusta salió detrás de ella, la reprendió y quiso obligarla a recogerla, pero yo me adelanté y la levanté del piso tratando de dar explicaciones. Otra vez el cierre se

había abierto y Conejo yacía sobre la primera grada, seguramente donde la mochila dio el primer golpe. Quise subir a recogerlo, pero Sonia fue más rápida. Agarrándolo por las orejas empezó a burlarse. Ay, miren el juguete de la bebita, qué lindo. Si es mi novio, a ver, le voy a dar un besito. Y lo besuqueó con su boca pintada, manchándolo entero.

24 Algo dentro de mí ardió; algo que tenía que ver con las palabras mentirosas de dos afiches. Me abalancé sobre ella y rodamos juntas por las gradas en medio de los gritos de las otras. Nos jalamos de los cabellos, la mordí en un brazo y ella en mi hombro. Nos aruñamos el rostro y caímos de cabeza en el piso donde continuamos la pelea. Nunca me hubiera imaginado que yo podía ser tan salvaje, porque hasta aullé mientras trataba de pegarle de trompones en la nariz.

La trabajadora social tiró encima de nuestras cabezas el agua apestosa de un florero y luego, de los nervios creo yo, nos lanzó las flores marchitas. Algunas de ellas resbalaron por mis cabellos cortos y lacios, no así las que cayeron en el cabello de Sonia que quedaron prendidas de su melena enmarañada como una corona.

Jenny, Sandra y Laura gritaron que era la reina cuscun-ga y Sonia se levantó a perseguirlas. Con todo el alboroto llegaron los chicos. Ese momento no lo supe, pero el que cargaba al bebé Pablito era Luis. Alejandro se sentó en las gradas a ver el espectáculo gritando los nombres de las chicas y animándolas a escapar de Sonia.

Nos mandaron a ducharnos y luego bajamos para almorzar. El padre Bruno ni nos miró hasta después que bendijo la comida y comentó que estábamos castigadas por pe-

leonas, pero que primero debíamos almorzar. Con la poca hambre que tenía, más fue un castigo tener que masticar y masticar y obligarme a tragar, pero allí el castigo nunca era pasarse de una comida. Me imaginé que, como uno de los síntomas de nuestra enfermedad era la pérdida del apetito, no podían correr el riesgo de que nos debilitáramos. Terminé dando algunos trocitos de carne a la gata que, por suerte, se encontraba debajo de la mesa.

Comíamos en mesas separadas de cuatro personas. Me senté junto a Laura, Jenny y Sandra, quienes no podían ocultar su alegría de mi atrevido comportamiento al pelearme con Sonia. Mientras tanto, Sonia almorzaba en otra mesa con dos monjas y una voluntaria jovencita llamada Elsa, de mirada inquieta, que nunca me cayó bien.

El castigo consistió en recortar cuadraditos de papel para una rifa del bingo de beneficencia que tendría lugar al día siguiente, con el propósito de recaudar fondos. Los demás podían ver un programa en la televisión mientras nosotras trabajábamos. Ahí me enteré que yo era una de las pocas pacientes que pagaba la estadía y la comida; los otros recibían atención gratuita.

Habíamos cortado más de cien cuadrados sin pasar una palabra cuando Sonia me habló. Estábamos solas ese momento, porque la monja encargada de la rifa salió de la habitación. Me dicen que te llamas Daniela, dijo Sonia sorprendiéndome. De pronto esta quiere pelear otra vez, pensé con angustia, porque la pelea me había dejado tan cansada que hasta las tijeras me pesaban y cortar se volvió un esfuerzo. No te preocupes, que no me caes mal, es más, hasta puedo decir que me caes bien, dijo.